

Reseña del libro *Pandemia, retórica neoliberal y opinión pública*, de Sebastián Plut (Ed. Ricardo Vergara, 2020)

Por Sebastián Plut¹

Introducción

¿Entendemos realmente en qué consiste la mentada opinión pública? ¿se trata, efectivamente, de una pugna en que un sentido se bate contra otro?

Ciertas gestas suponen ideas y acciones que se contraponen a otras ideas y acciones, una lidia en que los códigos son comunes y, por lo tanto, los mensajes son descifrables. Esto es, el desacuerdo se da, por así decir, en un mismo idioma. Sin embargo, la hipótesis que deseo someter al juicio de los lectores es que el debate por las *ideas* no es, *stricto sensu*, un debate de ideas; sencillamente porque lo esencial de la polémica en la opinión pública no es una diferencia de contenidos sino de las lógicas inherentes al pensar. Se dan allí discusiones en dos lenguas diferentes y con una doble desventaja para quienes intentamos refutar al neoliberalismo: por un lado, no siempre advertimos que el código ajeno es diverso; por otro lado, y más grave aún, es posible que ni siquiera hayamos, por el momento, comprendido en qué consiste aquel código.

La comunicación política, tal como la entendemos, choca impotente contra el sentido común, precisamente porque mientras esperamos que *de dos argumentos ganará el mejor* (para decirlo en lenguaje de infancia), la brecha se da en otro nivel, a saber, el de las lógicas con que opera la mente. Para decirlo en otros términos, mientras el neoliberalismo impone un *sentido común*, nuestros esfuerzos se dirigen a *comunicar sentido* y, entre ambos propósitos, hay una irreductibilidad radical.

Para nuestras indagaciones nos basamos, especialmente, en dos grupos de hipótesis: por un lado, las desarrolladas por Freud sobre la opinión pública; por otro lado, las proposiciones de Maldavsky sobre la simultaneidad, uno de los criterios que rige el ordenamiento de las inscripciones psíquicas y que resulta determinante de un modo de pensar.

La opinión pública y las lógicas del pensamiento

En nuestras investigaciones sobre la llamada opinión pública² planteamos una serie de interrogantes sobre

¹ Doctor en Psicología. Psicoanalista. Director de la Diplomatura en el Algoritmo David Liberman (UAI). Miembro Fundador del Grupo Psicoanalítico David Maldavsky (GPD). Coordinador del Grupo de Investigación en Psicoanálisis y Política (AEAPG). Profesor Titular de la Maestría en Problemas y Patologías del Desvalimiento (UCES).

² Pueden verse, de mi autoría, los siguientes textos: a) "El sentimiento de inseguridad en la opinión pública", *Revista Subjetividad y*

este concepto, ya que su definición y sus contornos son imprecisos. Los cálculos que la miden y los procesos de origen, factura e instalación tampoco son muy claros. Lo que sí sabemos es que ciertos sintagmas en determinados momentos comienzan a reproducirse aquí y allá, y nunca se sabe bien si los medios repiten y amplifican la voz ciudadana o esta última repite la voz de los medios. Sin embargo, más allá de dónde ubiquemos la usina generadora de frases ecológicas (y no hay motivo para elegir una sola), creo que lo esencial de la opinión pública no está en su origen y tampoco en el contenido que expresa, sino en la lógica de pensamiento que le es inherente.

En nuestras indagaciones empíricas tuvimos en cuenta dos hipótesis de Freud. Por un lado, él planteó que la opinión pública está en oposición a los fenómenos de masa y, por otro lado, sostuvo que en aquella el pensamiento opera por vía de la regresión. Comencemos por esta última. Pese a que lo *dicho* (opinado) puede tener algún valor, importan sobre todo los criterios que rigen el pensar: en primer lugar, la opinión pública se centra en una actualidad permanente (lo que hoy se dice con fuerte intensidad, pasado mañana podrá carecer de toda importancia), lo cual conduce a una hiperestimulación de la percepción a costa de la memoria. Asimismo, la percusión reiterada sobre el sistema perceptual lleva a un agotamiento de la función de atención, es decir, de la conciencia que suele acompañar a la percepción. Freud, de hecho, sostuvo que los fenómenos de hipnosis corresponden a estados de percepción sin conciencia.

La otra hipótesis de Freud que mencionamos (la opinión pública como el opuesto de las masas) permite distinguir los fenómenos en que se da la co-presencia física, la frecuencia y la reunión de múltiples singularidades y tradiciones, de los fenómenos caracterizados por la ausencia física, el puro presente y la homologación del pensamiento. Es decir, la opinión pública corresponde al tipo de agrupamiento del sujeto individualista en que se jerarquiza el vínculo abstracto, distante, de quienes permanecen solo como público y que, agreguemos, pretenden desconocer que son influidos (luego volveremos sobre esto último). Si, como suele decirse, la reunión en masa licencia para el desarrollo de actos que quedan inhibidos para el sujeto aislado, la opinión pública parece habilitar a manifestar y defender afirmaciones carentes de coherencia y cuya veracidad no tiene fundamentos concretos. Tiene importancia, a su vez, que la opinión pública es un vehículo privilegiado para expandir la hostilidad, no tanto por el supuesto anonimato (por ejemplo, en las

procesos cognitivos, Vol. 18, N° 2, UCES, 2014; b) “Estrategias argumentativas, conducción política y manejo de la opinión pública: estudio de tres discursos presidenciales de Mauricio Macri”, *Revista Desvalimiento Psicosocial*, Vol. 4, N° 2, UCES, 2017; c) *El malestar en la cultura neoliberal*, Ed. Letra Viva, 2018; d) “Opinión pública y psicoanálisis: La guillotina de las memorias”, *La Tecl@Eñe*, www.lateclaenerevista.com, 13 de mayo de 2018. También expuse sobre estos temas en la X Jornada de Investigación en Psicología y XII Jornada de Actualización del Algoritmo David Liberman, con la ponencia “Construcción de la muestra para un estudio psicoanalítico sobre opinión pública y sentimiento de inseguridad”, (2014) y en el Ciclo “Opinión, política, nuevas subjetividades”, organizada por el Departamento de Pareja y Familia de APdeBA, donde diserté sobre “Freud, las masas y la opinión pública”, 2017.

redes sociales) sino porque la misma distancia física *pide* intensidad para compensar la ausencia del otro.

A poco de comenzar la campaña presidencial del Mauricio Macri, se hizo frecuente escuchar a ciudadanos que repetían “*Macri es millonario, no necesita robar*”. Poco importa si la frase fue “creada” en un laboratorio o producida espontáneamente por un votante en un *focus group* y luego replicada *ad infinitum*. Lo cierto es que casi todos la hemos escuchado y, probablemente, esté entre las más sofisticadas realizaciones de la opinión pública. Enumeremos algunos de los rasgos salientes de aquel sintagma:

- Quien incorpora y reproduce la frase asume una suerte de nexo causal (no va a robar *porque* es millonario), aunque en rigor: a) el nexo causal no es explícito; b) el nexo causal presunto es una falacia. Se induce así una conclusión basada en una premisa que si bien no se dice manifiestamente (ya que sería absurdo) se incorpora como tal;
- Lo recién mencionado no requiere considerar si Macri es honesto o no lo es, porque en cualquier caso lo que no es honesto es el enunciado. En todo caso, si un sujeto no roba será porque es honrado, independientemente de cuál sea su patrimonio;
- De este modo se figura un nexo causal que no se explicita (ni podría hacerse) y que a la vez es falso, todo lo cual conduce a una ruptura de la lógica del pensamiento;
- Casi al modo de una tautología, se pretende que la frase sea válida por sí misma y no por la coherencia de sus enunciados ni por sus nexos con los hechos;
- También es interesante que el acto de “robar” se figure como una *necesidad*, cuando eventualmente sería un deseo. Nuevamente, que un millonario no “necesite” robar no significa que no desee hacerlo (sería como decir que un obeso no seguirá comiendo de más);
- La expresión también permitió configurar al *enemigo*, por ejemplo, aquellos que por “necesidad” o por no ser millonarios, entonces, sí robarían;
- Otro aspecto de la frase es la extrema *simplificación*, en tanto se sostiene una afirmación por fuera de toda consideración histórica, sin contexto social³: cómo hizo la fortuna la familia Macri, qué acciones llevó a cabo como Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, cuáles son las posibilidades de enriquecimiento en un país como la Argentina, etc.;
- Así, por medio de falacias, prejuicios y simplificaciones se instala una cosmovisión (ser millonario transforma al sujeto en un ser humano de bien) y, sobre todo, se invita a realizar afirmaciones sin necesidad

³ Muchas frases del propio Macri tenían características similares, como cuando afirmó que “*hay que pagar lo que las cosas valen*”, desdibujando toda reflexión sobre cuáles son esas “cosas”, cuáles corresponden a necesidades esenciales, quién fija los precios, cuál es la relación entre el costo de vida y los salarios, etc. Recordemos que cuando se propuso explicar la catástrofe económica de su gobierno, sostuvo que “*pasaron cosas*”.

de prestar atención a ninguno de los requerimientos que exige una argumentación, anulando, además, toda capacidad interrogativa;

- Por último, cuando indicamos que la lógica del pensar que se reproduce en la opinión pública puede ser más sustantiva que el contenido, según el ejemplo analizado, es porque si bien “convencer” sobre la presunta honestidad de Macri pudo ser un objetivo, más relevancia aún tiene, en ese tipo de mensajes, la alteración de las condiciones del pensamiento y, en consecuencia, también de las posibles condiciones del diálogo, los debates y los desacuerdos.

A partir del ejemplo analizado (cuyas características se reiteran en todas las expresiones que suelen formar parte de la opinión pública) podemos subrayar: la inconsistencia lógica, la falta de enlace con los hechos concretos, la inducción perturbadora del pensamiento y la anulación de la capacidad interrogativa. En el próximo apartado haremos una exposición teórica sobre el concepto freudiano de *simultaneidad*, basándonos en los desarrollos de David Maldavsky⁴, para luego comprender con mayor precisión el objetivo central de este libro: contraponer el sentido común y el acto de comunicar sentido.

La simultaneidad

La medida en que los medios de comunicación o los órganos de propaganda de las diversas instituciones influyen en la subjetividad de la población no es fácil definirla, pero aunque *a priori* entendemos que dicha eficacia existe, no debemos situar allí todo el problema. En efecto, el sujeto no es una *tabula rasa* en la que se imprimen ideas o contenidos exógenos, sino que lo psíquico de cada quien también es productor de pensamientos y, sobre todo, tiene por función la reorganización, por criterios que le son propios, de aquello que se inscribió, sea cual sea su origen.

Desde el punto de vista psicoanalítico, entonces, el aporte fundamental consiste en el conocimiento sobre las lógicas que rigen los procesos endopsíquicos. Freud distinguió, precisamente, los estratos mnémicos (inscripciones psíquicas) y postuló que las diferencias entre ellos se dan no tanto por su contenido cuanto por el criterio que regula las relaciones entre sus elementos. El más elemental de tales criterios es el que denominó *simultaneidad*, relevado luego por la analogía y la causalidad. La exposición que sigue, entonces, pretende mostrar en qué nos basamos en nuestras afirmaciones sobre la opinión pública en la que, se verá, se entroniza aquella temprana lógica mientras se relegan las dos restantes (analogía y causalidad).

Según sostuvo Freud, la analogía es correlativa del complejo del prójimo o del semejante, es decir, surge

⁴ Maldavsky, D.; (2002) “Refinamientos en la teoría psicoanalítica del pensar y la conciencia para un intercambio con las neurociencias”, *Subjetividad y procesos cognitivos*, N° 2, UCES.

cuando el sujeto se sustrae de la lógica previa (la de la simultaneidad) en que rigen la identidad o diversidad absolutas. A diferencia de esta última, en la analogía el yo se compara con otros en quien encuentra rasgos afines y un núcleo irreductible al yo. En cambio, cuando prima la simultaneidad como criterio regulador de las inscripciones psíquicas, el otro queda ubicado o bien como doble idéntico al yo o como algo inasimilable al yo, de lo cual resulta que solo puede ser expulsado y aniquilado. En suma, mientras la analogía permite dar cabida a lo diverso, ello no sucede en la simultaneidad.

Freud también indicó que la simultaneidad es más dependiente de las vivencias, aunque no se trata únicamente del carácter objetivo de ellas sino, sobre todo, de su configuración subjetiva. Esto es, si bien lo implicado en el término simultaneidad parece ser la sincronía (los registros de lo que sucede en un mismo momento) el criterio para definir dicha sincronía es subjetivo. Para decirlo en términos más precisos, el parámetro decisivo para decidir la sincronía se halla en los procesos pulsionales, es decir, entre el despertar de una exigencia y su tramitación. Uno de los derivados invariables es que los recuerdos se presentan como actualidad, cual si los propios pensamientos fueran tenidos por vivencias. Así, lo otro o la realidad son entendidos en términos de dobles.

Queda por considerar el problema de la causalidad ya que si bien Freud la incluyó como posterior a la analogía, es posible preguntarse por el tipo de causalidad inherente a la simultaneidad. Tal como ya referimos, esta última causalidad no liga lo diverso sino que depende de los propios estados pulsionales.

La retórica neoliberal y sus votantes

El análisis del discurso y de sus efectos en la subjetividad puede o no correlacionarse con las reflexiones sobre la ideología. Incluso cabe preguntarse si lo esencial para el votante neoliberal es la ideología, entendida en su sentido tradicional, o más bien lo es el cúmulo de elementos (afectivos, perceptivos) que se encuentran en los fundamentos de sus cosmovisiones.

Ha sido una escena repetida preguntarles a votantes del Macrismo qué medida tomada por aquel gobierno les pareció valiosa y que no pudieran mencionar ninguna. Asimismo, si el interrogante se dirigía a las causas de lo que sucedía (el deterioro económico, por ejemplo) lo más frecuente era escuchar *“porque el Kirchnerismo...”*. La coincidencia con el modo de argumentar del propio Macri (*“pasaron cosas”, “hubo una tormenta”,* etc.) no es azarosa ni puede reducirse simplemente a una cuestión de ignorancia el no saber explicar un fenómeno determinado. Al contrario, resulta un elemento determinante de la política neoliberal sustentarse en una regresión del pensamiento que, según lo recién mencionado, se destaca por la

indiferencia con la realidad y el trastocamiento de los nexos causales⁵.

Si nos ubicamos en nuestro presente, en el contexto de la pandemia mundial, muchos de los rasgos mencionados pueden hallarse en los cuestionamientos a la cuarentena, a la política sanitaria de aislamiento instalada por el gobierno de Alberto Fernández. Nos centraremos ahora en dos rasgos salientes de aquellas críticas que, a su vez, son inherentes a la configuración de la opinión pública.

Un tipo de objeción se expresa en frases del tipo *“a mí nadie me va a decir lo que tengo que hacer”*. Con ligeras variaciones, tales como hacer referencia manifiesta al Presidente de la Nación, esta frase ha sido reproducida por ciudadanos, políticos y periodistas.

Resulta notable el doble rasgo expulsivo de la sentencia citada, casi de caracteres infantiles. Por un lado, el rechazo expuesto a admitir órdenes e indicaciones de todo tipo, cual si se tratara en todos los casos -y sin matices- de lo mismo. Esto es, se trata una normativa como si fuera un capricho arbitrario y se desestima que, en el caso que nos ocupa, remite a la política sanitaria consistente en salvar la mayor cantidad de vidas posibles. Por otro lado, el carácter expulsivo resulta de una desmentida de la realidad, toda vez que la vida cotidiana está compuesta de múltiples instrucciones y obligaciones que todos debemos seguir: desde lo que nos indica un semáforo, hasta ocasiones informales como realizar una fila para pagar un producto, entre innúmeras más que podríamos listar. Si no fuera porque ya sabemos cuál es el sentido genuino que enarbolan los libertarios cuando hablan de la república, sería llamativo que justamente ellos abominen de un sistema normativo.

Otro elemento para destacar es la supresión de nexos causales, punto al cual ya nos referimos en parte y que en el caso del rechazo a la cuarentena tiene una doble derivación. En primer lugar, en tanto se habla de las restricciones con prescindencia de su razón, es decir, la pandemia. Ello conduce a adjetivaciones de todo tipo pero dislocadas de la realidad determinante. Esto, como ya lo hemos señalado en otra ocasión⁶ perturba la vivencia de temporalidad y la reflexión sobre la dimensión histórica de los hechos.

En segundo lugar, la sofocación de la cronología causal no solo afecta la comprensión de los encadenamientos que nos conducen hacia un determinado presente y, por ende, la obtención de una mayor claridad sobre la actualidad, sino que por eso mismo se produce un severo daño respecto del pensamiento preventivo. Como dijimos previamente, la percepción sin memoria fija a los sujetos en un puro presente y ello también anula toda anticipación e interrogación sobre el porvenir.

⁵ Una expresión que no pertenece al Macrismo y que ni siquiera es propia del contexto nacional, describe parte de lo que estamos exponiendo: se trata de la frase *“se cayó el Muro de Berlín”*, en la cual queda sustraído el sujeto de la acción, de la historia. Se podría concluir que si *“se cayó”* es porque *“nadie lo tiró”*.

⁶ Plut, S.; (2020) *Los Coronautas. Pánico colectivo y sufrimiento psíquico*, Ed. Ricardo Vergara.

La transformación que el Macrismo hizo del Ministerio de Salud en una acotada Secretaría es solo uno de los tantos signos que el neoliberalismo exhibe en cuanto a sus tentativas de impedir la anticipación. No por nada, cuando recientemente un consultor preguntó si los “*cansados, estresados, aburridos y angustiados por la cuarentena se sentirían más aliviados si en lugar de 1000 muertos tuviéramos 20.000*”, la periodista Silvia Mercado respondió: “*La verdad que sí. Encontraríamos más sentido a las restricciones*”.

Si algo define al neoliberalismo es su maquinaledad producción de espejismos, de ficciones que para poder ser sostenidas exigen la enajenación de la realidad. Solo así se entiende la convicción que sus votantes tienen acerca de que en esos gobiernos no solo va a ocurrir algo bueno, sino que nada malo puede suceder. Por esta vía, quedan interferidas la anticipación y, en consecuencia, la posibilidad de evitación y el registro conciente de la realidad⁷. El término *incertidumbre*, que tanto ha sido valorizado por referentes neoliberales, ha sido trastocado en el uso mismo que han hecho de él. En efecto, no es lo mismo interrogarse y pensar sobre lo que podría suceder que entender la incertidumbre como la anulación de todo pensamiento sobre lo que puede ocurrir.

Un refrán nos enseña que “*el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra*”, conducta que el psicoanálisis ha descrito bajo la categoría de *compulsión a la repetición*. Cuando tal cosa ocurre, el aporte de un interlocutor empático y lúcido nos podría ayudar a registrar la reiteración y, luego, a identificar las condiciones en que se da la misma. La fábrica de espejismos neoliberales impide que ese proceso de intelección ocurra, pues dañar el recuerdo del pasado y el pensamiento anticipatorio conduce a que el sujeto *olvide* siempre lo ocurrido ya que, insistimos, está sumergido en un presente absoluto (lo cual, se entiende, no coincide con una reflexión profunda sobre los acontecimientos de la actualidad). Es posible, además, que un paso adicional del neoliberalismo consista en aprovecharse de aquella conducta humana que bien describe el refrán, para inducir a que los sujetos no solo tropiecen dos veces con la misma piedra, sino que sean ellos mismos quienes van y colocan las piedras.

Hay en todo esto una concepción cíclica de la temporalidad, al menos si consideramos que la retórica neoliberal anula la historicidad, la comprensión de contextos sociales específicos y las determinaciones particulares. Sin embargo, y pese a la circularidad pretendida, ni siquiera bajo esa cosmovisión es posible la anticipación.

Cabe incluir aquí, a propósito de las *explicaciones* que se escuchan sobre el coronavirus, la única causalidad a la que acceden los libertarios: la de las conspiraciones estafalarias que solo se distinguen entre sí por los

⁷ Cabe destacar que el problema que describimos aplica a todas las dimensiones de la política y no solo la sanitaria. Un terreno emblemático es el de la denominada *inseguridad*, respecto de la cual el neoliberalismo solo se enfoca en las presuntas bonanzas del endurecimiento del código penal sin lograr ninguna modificación en las causas profundas.

diferentes grados de absurdo que muestran.

Liberación o dependencia

La destructividad neoliberal se consume por distintas vías, una de las cuales es la apropiación y fagocitación de lo ajeno. Un ejemplo clásico se ha desarrollado en el ámbito del trabajo, cuando luego de los reclamos por la salud mental de los trabajadores, que se impulsaron sobre todo a partir de la década del '50 del siglo pasado, comenzaron a desarrollar estrategias de todo tipo para capturar la subjetividad de aquéllos. Así, surgieron los programas de motivación que, en un libro previo⁸, analizamos como estrategias de invisibilización del componente pragmático y cuyo único propósito consiste en un precario disfraz de la explotación del máximo rendimiento posible.

Veremos ahora lo que podría ser pensado como usurpación del lema "*liberación o dependencia*", es decir, el modo en que el neoliberalismo ha trastocado los términos para inducir, bajo vocablos similares pero con una semántica totalmente diferente, la convicción sobre determinados valores.

La *independencia* en el neoliberalismo no es un concepto relativo, por ejemplo, a la soberanía política⁹ o a la economía, sino que entraña otro sentido que se imprime profundamente en la subjetividad de sus votantes. Aquel concepto, que tiene un lazo estrecho con las categorías de *libertad*, *individualismo* y *egoísmo*, no solo procura socavar las condiciones de solidaridad, sino que avanza con el fin de invisibilizar toda *dependencia*, toda filiación, no solo entre enunciados y argumentos, sino también la relativa a las determinaciones históricas, por ejemplo

Tenemos, entonces, un doble proceso que se da en simultáneo y presenta una de las tantas contradicciones entrampantes del neoliberalismo. Por un lado, exalta la independencia hasta grados extremos, cuyo sentido es, esencialmente, la prescindencia de todo lazo social, por ejemplo, cuando se habla del *emprededurismo* (cuya meta es, sobre todo, que el Estado abandone su política de protección social). Esta concepción, que conocemos como exacerbación del individualismo, tiene ingentes consecuencias y es transversal a la política, ya que impone su sentido en la economía, la justicia, etc. Por ejemplo, así como pretende sostenerse que el agente económico es un sujeto racional y egoísta (sumado al supuesto de que el mercado se autorregula), para el derecho penal se propone aumentar las penas cual si el delito en una sociedad dependiera del cálculo que cada quien hace para decidir costos y beneficios de cada acto ilegal.

⁸ Plut, S.; (2015) *Trabajo y Subjetividad*, Ed. Psicolibro.

⁹ Recordemos, por caso, cuando Macri se refirió a la angustia que habrían tenido los libertadores de la patria en ocasión de la presencia del Rey de España.

Por otro lado, en su trasfondo, el objetivo central, es el ocultamiento de las dependencias, lo cual conduce, por ejemplo, a que el grupo de votantes pueda vociferar por su libertad o su independencia, cuanto más quedan afectados y arruinados por las dependencias creadas por los gobiernos neoliberales.

Si intentamos enlazar rasgos, se pretende aquí, en el plano social e intersubjetivo, algo similar a lo que procuran en el plano argumental cuando establecen que la percepción de un hecho sea en un todo ajena, independiente, de sus reales factores causales. Como se ha dicho tantas veces, la sociedad neoliberal se configura como un compuesto de elementos dispersos sin nexos de enlace, ni entre los componentes del razonamiento, ni los relativos a los entramados vinculares.

En las ocasiones en que los votantes neoliberales participan de una manifestación, que mayormente reúne a un puñado de personas, suelen declarar, como si fuera un dato positivo, que están allí de manera “independiente”, que no hay una “organización” detrás, etc. Esa presunción solo es creíble en la medida en que desconozcamos las vías de inducción, escotomización que esos mismos sujetos alimentan y de la cual se nutren.

Posiblemente, aun requiera de mayores elucidaciones el fenómeno que estamos bordeando y que se caracteriza por la dependencia oculta que padecen los presuntos independientes, una de cuyas consecuencias es la dispersión social, la desocialización. Basta escuchar las consignas de los denominados anticuarentena para tener un testimonio complejo de la desconexión vincular y argumental, de la incoherencia tanto de enunciados entre sí como de estos en relación con los hechos, pese a lo cual las determinaciones a las que responden no carecen de intensidad más allá de su encubrimiento. No muy lejos de ello, probablemente, se localice la ya tradicional *mano invisible del mercado*.

Pensemos, por ejemplo, en la valoración que en ciertos sectores adquirió en años recientes la figura del *periodista independiente*. No es mi interés aquí discutir si bajo esa denominación pretenden disfrazarse dependencias económicas. Prefiero, más allá de las posibles ocasiones que revelen la hipocresía de ese rol, destacar que aquella figura también nos muestra la hegemonía de un modelo cultural que califica como buena la ausencia de dependencias o filiaciones. Dicho de otro modo, toda dependencia manifiesta será sospechada de infecciosa, fanática o corrupta. La figura del periodista independiente es una falacia, pero no únicamente por las conjeturas sobre la posible compra de opiniones, sino porque pretende desconocer las referencias identificatorias que, sin dudas, tiene cualquier sujeto, en este caso, un comunicador social. No es sino un engaño creer que su opinión carece de raíces, de afiliaciones de distinto tipo que lo acercan o alejan en determinadas direcciones.

Debe resultarnos asombroso que, en el seno de esta idealización de la autonomía absoluta, la idea de

influencia solo sea portadora de cargas negativas, cual si fuera posible concebir una sociedad en la que, paradójicamente, la intersubjetividad solo sea una abstracción sin eficacia, cual si los intercambios recíprocos, mediatos e inmediatos, no produjeran alteraciones y modificaciones en nuestras subjetividades. Esto es solo ilusión o engaño. No existe tal asepsia.

Urge llamar la atención sobre un discurso que pretende imponer una guillotina sobre nuestras memorias e identificaciones. Se alienta aquí y allá una independencia banal, una autonomía que carece de toda solidez, un individualismo que prescinde de toda solidaridad. Desde este agguornado panóptico se ataca toda pertenencia cual si fuera el signo indudable de la mayor corrupción, se reprocha toda dependencia porque ésta, precisamente, es evidente indicio de identificaciones y memorias.

El individuo aislado, desocializado, el sujeto que argumenta sus derechos con el “*yo pago mis impuestos*” y se ufana de carecer de toda afiliación, es el actor (y el valor) que desea imponerse. Es fantasiosa la figura del que solo depende de sí mismo, de su esfuerzo y su voluntad, cual si su destino no estuviera atado a un conjunto de factores que lo exceden y a un puñado de pertenencias de origen o elegidas. No será necesaria la aclaración de un psicoanalista para comprender que solo la identificación comunitaria, la pertenencia a colectivos diversos, es capaz de acotar la inflación narcisista.

Resulta notable que, sin mediaciones, al sujeto que se referencia con un grupo se le diga que se ha quedado en el pasado. *Ser miembro de*, pues, es la prueba de sus dos delitos: se *identifica con* y tiene *memoria*. El acusado, entonces, es expulsado sin mora hacia el submundo de la barbarie, es enviado fuera del reino de la civilización de los autónomos. Sentirse incluido en un colectivo, agrupado en el reconocimiento de un líder es, curiosamente, sinónimo de fanatismo, pese a que aquella posición no supone homogeneidad alguna. Más aun, memoria e identificación, y agreguemos ligazones libidinales, no son antagónicas con la pluralidad. Ofrecemos, pues, otra definición de fanatismo: abolir toda afinidad con el diferente y, simultáneamente, anular toda diferencia dentro del propio grupo. Enseguida descubrimos así que el fanatismo se enseñoorea en la angustiante dispersión individualista de los idénticos.

La pasión republicana, a su vez, se extasía discurriendo sobre la independencia de los poderes y, a su vez, se atraganta cuando descubre –o sospecha– que tal independencia ha quedado solo en la teoría. Ahora bien, ¿no será más fecundo preguntarse en qué medida es posible, en los hechos concretos, aquella *independencia*? Nuevamente, no apunto aquí a las relaciones oscuras, a connivencias inconfesables entre integrantes de los diversos poderes, sino a las limitaciones efectivas que sí o sí existen. Tal como le gustaba recordar a Freud la frase de su maestro Charcot, las teorías son buenas pero eso no impide que las cosas sean lo que son. ¿Acaso los legisladores no integran bloques partidarios ligados con el ejecutivo nacional, o

con gobernadores o intendentes? ¿Y por su parte, los jueces –que no son una unidad sin fisuras- no combinan en su desempeño sus propias interpretaciones de la ley con sus sintonías ideológicas con miembros de los otros poderes?

Comentario final

Aunque detectamos procesos y estrategias que trascienden la pandemia, la urgencia de los problemas nos exige ceñirnos a ella. Si bien la cuarentena impone una medida importante de aislamiento social, al mismo tiempo se sostiene anímica y vincularmente en el cuidado recíproco, en la consideración solidaria sobre el prójimo. Quiero decir que una de las razones que tienen los llamados *libertarios* para desestimar con ira el sentido de la cuarentena es que ella demanda salir de la indiferencia, estado fallido en el que aspira vivir el individualista.

Si bien el sujeto egoísta se opone a toda noción sobre lo colectivo, lo que desarrollamos hasta aquí exhibe que la opinión pública pone de manifiesto que los antagonismos del individualismo son diversos: lo colectivo, las identificaciones comunitarias, la dependencia de los otros (tanto del presente como de las tradiciones del pasado, incluso de la especie) y las dependencias argumentativas. Es decir, se opone a toda vivencia en que se tornen evidentes las determinaciones insoslayables, pese a que jamás renuncia a los esfuerzos por desconocerlas.